

intromisión en China, mientras ellos mismos están cometiendo iguales fechorías en América? ¿Qué podrá decir Hughes a Lloyd George sobre Irlanda, Egipto y la India, que el último no pueda decirle al gran abogado sobre Panamá, Nicaragua y Haití?

Los americanos honrados y concientes, (que si los hay aunque no sean precisamente los que llevan la batuta gubernativa), comprenden muy bien la horrible antinomia existente entre las direcciones ideales de su gobierno y las torpes hazañas de sus marinos. Y de ahí procede la proposición King, las que la han precedido, y las que la seguirán, hasta el día en que la Casa Blanca adopte una política de sinceridad que haga posible creer en las palabras que profieren sus presidentes y sus secretarios de Estado.

¿De qué sirve al mundo que Wilson pregone a son de trompetas sus catorce

puntos, mientras su fuerza naval mataba dos repúblicas en este mismo hemisferio? ¿De qué sirve que Harding pronuncie un bello y liberal discurso ante la estatua de Bolívar, hace poco, mientras sus capitanes de marina remachan cadenas a la independencia y a la libertad de naciones comprendidas en el radio de la Libertad del Sur?

Santo Domingo será libre. Los yanquis se fatigarán un día de la resistencia pasiva de ese pueblo, negando gratificar la usurpación de su soberanía. Es un deber de todos los demás pueblos de la América Latina apoyar la actitud de Santo Domingo. Estos pueblos amenazados todos por un peligro común, deben recordar, a todo momento, la sentencia bíblica, HODIE TIBI CRAS MIHI, que también puede ser la primera máxima del Manual del Perfecto Economista.

(El Herald de México, México, D. F.)

Cómo me recibieron en los Estados Unidos

POR MARIE CURIE

EL hermoso viaje que acabo de hacer a los Estados Unidos de América se debe, como es sabido, a la generosa iniciativa de una mujer americana, directora de una importante revista, *The Delineator*, en New York, —Mme. Meloney,—quien concibió el proyecto de que sus compatriotas me obsequiaran con un gramo de radium, y habiéndolo realizado prontamente, se me pidió que fuera personalmente a recibirlo. Se había pensado que el regalo me lo hicieran exclusivamente las mujeres americanas. Con este fin se constituyó un comité bajo la presidencia de Mme. Meloney, compuesto en parte de mujeres americanas y en parte de sabios: físicos, químicos o médicos, muchos de los cuales eran especialistas en radioterapia. El comité recibió algunos presentes importantes e hizo un llamamiento para formar una suscripción pública en la que han participado diversas organizaciones femeninas, particularmente los colegios y los clubs. En muchos casos los obsequios recibidos provenían de personas que habían sido objeto de los grandes beneficios de la radioterapia. De ese modo se constituyó el «Marie Curie Radium Fund», que recogió más de 100,000 dólares para la compra de un gramo de radium. El Presidente de los Estados Unidos, Mr. Harding, aceptó gustoso hacer él en persona la entrega del regalo en una ceremonia en la Casa Blanca. El Comité me invitó a venir a los Estados Unidos en el mes de mayo, con mis dos hijas, y aun cuando fuera en el

curso del año escolar, acepté la invitación con el consentimiento de la Universidad.

Salida para New York.

NINGUNA molestia he tenido en mi viaje. Mme. Meloney vino a buscarme a Francia; como llegó la víspera de la manifestación que había sido organizada el 28 de abril en favor del Instituto del Radium por la revista *Je sais tout*, pudo asistir a esta manifestación, en la que se hicieron demostraciones de muy vivas simpatías hacia la nación americana.

El 4 de mayo nos embarcamos a bordo del «Olimpia» con destino a New York. Después de haber admirado la grandiosa entrada del puerto de New York, fuimos recibidos en el muelle por una concurrencia compuesta especialmente de estudiantes, de delegados polacos y de «fire camps girls» (organización muy propagada en América), obsequiándonos muchos y hermosos ramos de flores.

Al día siguiente me puse en contacto con el comité de recepción, en un lunch en casa de Mme. Carnegie, en su hermosa residencia de New York, llena toda de recuerdos de su marido, Andrew Carnegie, cuya importante obra filantrópica es bien conocida en Francia y a quien mi laboratorio debe en particular una fundación de becas para estudiantes de todas las nacionalidades.

Al día siguiente partimos a hacer una visita que debía durar varios días,

a los colegios Smith y Vassar, situados en pleno campo, a algunas horas de ferrocarril de New York. Después fui recibida también en los colegios de Bryn Mawr, de Willesley, y vi algunos otros de paso. Los colegios tienen una situación sanitaria excelente, cada uno compuesto de varias construcciones, dispersos en un gran terreno en medio de praderas y de árboles; Smith College está a orillas de un lindo río. El arreglo y organización de los locales es confortable e higiénico, de una limpieza meticulosa, con salas de baños y duchas, y distribución de agua caliente y fría. Los alumnos tienen cuartos agradables y hay locales comunes para sus reuniones.

En cada colegio existe una organización muy completa de juegos de deporte: juego de tennis, foot-ball, ejercicios de remo, natación, equitación, gimnasia. El estado de los alumnos es vigilado y controlado por los médicos del establecimiento. Cada colegio tiene cuatro años de estudios con sus respectivos exámenes. Algunos alumnos hacen enseguida un trabajo personal para obtener el grado de Doctor, pero su nivel es, sin embargo, inferior al grado correspondiente en las Universidades francesas. Los colegios tienen laboratorios que poseen algunos buenos elementos, pero cuya instalación no parece moderna.

Me sentía verdaderamente impresionada por la alegría de vivir que anima estos centros de jovencitas y que aprovecha cualquier ocasión particular, como la de mi visita, para desbordarse.

Si un orden casi militar reinó en las ceremonias organizadas para recibirme, en cambio una espontaneidad de juventud y alegría se manifestaba en las canciones de bienvenida, compuestas y cantadas por las alumnas, en sus caras sonrientes y excitadas, en las carreras locas sobre la hierba para venir a saludarme a mi llegada.

Realmente fué una impresión encantadora que yo jamás olvidaré.

En New York se habían organizado algunas ceremonias, antes de nuestra salida para Washington, en donde debía verificarse la entrega del radium; una reunión organizada por importantes sociedades de químicos americanos en número de cinco; otra bajo los auspicios del Museo de Historia Natural y del Club de Mineralogía de New York; otra en el Instituto de Ciencias Sociales y por último una gran reunión femenina en el Carnegie Hall, en donde numerosas delegaciones representaban el personal de enseñanza y los estudiantes de colegios.

En todas estas reuniones fueron pronunciados discursos llenos de simpatía y de cariño. Con una expresión de sinceridad grande me han sido